

vés de duras luchas se habían ido formando y consolidando; un imperio nuevo que no tenía otra razón de ser más que la satisfacción de un déspota ambicioso, no podía menos de suscitar contra sí enemigos decididos é irreconciliables, no solamente entre los príncipes, sino también entre los pueblos amenazados.

Es muy natural que Carlos el Temerario, engolfado en semejante política, aplicara su mayor actividad á la organización de una imponente fuerza armada, porque más que ningún otro soberano necesitaba para la realización de sus proyectos un ejército siempre dispuesto á entrar en campaña, es decir, permanente. Como base de tal ejército había en Borgoña como en los demás países los contingentes ar-

mados que los feudatarios debían aprontar á su señor feudal; pero estas fuerzas no constituían el ejército que necesitaba un soberano conquistador, porque la obligación militar del vasallo era temporal y en rigor solamente aplicable á la defensa del país. Sin embargo, como en Borgoña los nobles sacaban grandes beneficios de su señor, tan rico como liberal, ya sirviendo en la corte, ya en el ejército, prestaban gozosos á este amo su auxilio armado más allá del tiempo legal y fuera del país para empresas de conquista y de larga duración. La misma nobleza de Flandes y Brabante no era excepción de esta regla, pues tenía como la antigua de Borgoña una gran satisfacción en participar de las magnificencias de un soberano poderoso sin contribuir al gasto de



Escenas de la vida francesa en el siglo xv.

20. Un criminal conducido al patíbulo (*Miracles de Nostre Dame*, de Juan Mielot).

estas magnificencias, que en otros países solían ostentarse á expensas de la nobleza y conducirla á un estado de servidumbre. Mas difícil fué para Carlos utilizar para sus proyectos de conquista la numerosa población de las ciudades y de los campos de sus dominios del Norte. Para la defensa de estos territorios era muy eficaz una organización militar como la de los tiradores ó arqueros francos, introducida por Carlos VII en Francia, pero de ningún modo podía servir para empresas guerreras fuera del país, porque basándose la prosperidad de aquellas provincias en la agricultura, el comercio y las industrias, no era posible privarlas con frecuencia, ni mucho menos permanentemente, de un gran número de brazos robustos sin mengua de su productividad y riqueza. A esto se agregaban otras consideraciones de política interior, porque si á Carlos interesaba disminuir y gradualmente destruir los fueros municipales de las opulentas ciudades de Flandes, no podía de modo alguno convenirle ejercitar en el arte militar la parte más robusta de estas poblaciones, tan susceptibles en materia de sus fueros y que repetidas veces los habían defendido victoriosamente contra

las tropelías de sus príncipes. En cambio le convenía mucho más hacer que estas poblaciones, celosas de sus libertades y siempre prontas á echar mano á las armas en su defensa, perdiesen y olvidasen las prácticas guerreras y dejar que se dedicaran enteramente á sus ocupaciones pacíficas industriales y mercantiles, sacando de ellas, en cambio, el dinero para formar y asalar un ejército permanente con hombres que del oficio de las armas hicieran su carrera. Para exigir esta contribución en dinero había el antiguo uso feudal de cobrar el derecho de lanzas de aquellos vasallos que por un motivo ú otro estaban impedidos de prestar el servicio armado cuando el señor feudal los llamaba. Los Plantagenet habían tratado ya de convertir este uso en impuesto permanente á favor del gobierno, aunque el vasallo estuviese dispuesto y prefiriese prestar el servicio de armas efectivo; pero este fué un abuso que excitó mucho descontento, especialmente en el reinado del rey Juan, contra el cual se sublevó la nobleza alegando como uno de los motivos de su sublevación este mismo abuso. Para establecer este impuesto el duque de Borgoña tenía mayor facilidad

que los Plantagenet, porque los pueblos que habían de pagarlo lo preferían á fin de dedicarse á sus industrias, que les producían más beneficio, mientras el impuesto no excediera de los límites racionales. Así, pues, se llegó á un arreglo, sirviendo de unidad para el impuesto la lanza, bajo cuyo nombre se entendían ocho infantes bien armados y un escudero. Los vasallos pagaban el dinero por el número de lanzas que les correspondía y el duque se encargaba de enganchar, armar y mantener á los soldados. Este arreglo dió excelente resultado y permitió á Carlos formar un ejército de 20,000 infantes bien armados y divididos en 2,200 lanzas que, prácticos en el servicio á fuerza de ejercicios y de operaciones efectivas nunca interrumpidas, formaron en manos

del duque guerrero y ambicioso un arma terrible, á la cual se agregaban los contingentes de los nobles feudatarios, montados y magníficamente armados, y una artillería para la época numerosa y brillantemente servida, resultando de todo un ejército formidable al parecer invencible y sin rival.

Esta creación de Carlos de Borgoña tiene cierta semejanza con la fuerza armada existente ya entonces en Francia, y cuya eficacia el duque había experimentado en sus luchas con Luis XI, de modo que éste fué en cierta manera el maestro de su enemigo; pero el ejército francés fundado por Carlos VII tenía un carácter popular y nacional, y para su manutención y conservación estaban destinados recursos fijos, mientras el ejército de Carlos el Temerario se compo-



Escenas de la vida francesa en el siglo xv.

21. Ejecución de un criminal en la horca (*Miracles de Nostre Dame*, de Juan Mielot).

nia, según claramente se desprende de los autores de la época, de elementos heterogéneos, ya por la heterogeneidad de los países, comarcas y poblaciones diferentes que componían el imperio borgoñón, ya porque la fama de la riqueza y lustre de Carlos el Temerario atraía á sus banderas aventureros de todas partes, que encontraban en Borgoña cuanto un soldado mercenario de aquella época podía desear. Esto explica por qué Carlos pudo formar su ejército en cortísimo tiempo y los grandes recursos que devoró aquella tropa, que fué una carga terrible para el país y sus habitantes. Aquel ejército, que acabó con la riqueza al parecer inagotable del duque de Borgoña, fué en sus manos una arma terrible, pero á su muerte se desmembró y desapareció.

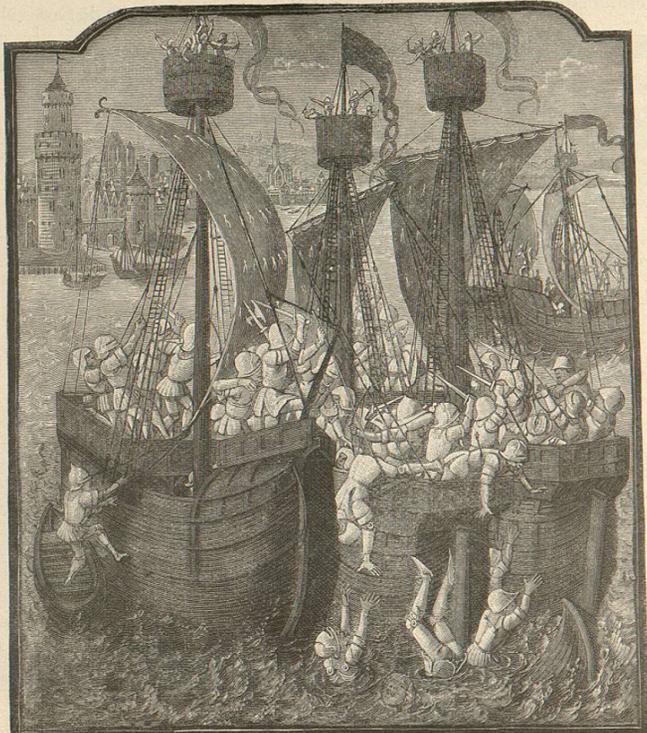
En los primeros años de su reinado, Carlos, por efecto de la guerra que hacían al rey Luis XI sus vasallos nobles, esperaba engrandecer y redondear su territorio á expensas de Francia; pero cuando Luis con su política expectante y sutil, favorecido además por una serie de sucesos afortunados, hubo salido victorioso de la arremetida formidable y general, y cuando la Francia en lugar de descomponerse en

seis reinos, como se habían propuesto Carlos de Borgoña y la Liga del Bien Público, formaba una monarquía única, bien consolidada y defendida, no quedó á Carlos más recurso que renunciar á engrandecerse á costa de la Francia y dirigir su mirada codiciosa á otra parte donde no tenía que habérselas con un adversario tan vigilante, sutil y previsor como Luis XI. Mas probabilidad de éxito ofrecía á los planes ambiciosos de Carlos el indolente y egoísta Habsburgo que ocupaba el trono de Alemania y tenía contra sí á casi todos los príncipes de este imperio, en frente del cual la posición de Carlos no podía ser más favorable.

Carlos era vasallo del imperio alemán (bien que este vasallaje era puramente teórico y nominal) por el Franco-Condado en el Sur y en el Norte por Flandes, Henao, Brabante y algunos otros territorios que había adquirido aprovechando hábil y brutalmente la discordia abominable que dividía á la familia de los condes de Gueldres y de Zutphen y que acabó en una lucha inhumana entre padre é hijo. De esta manera se había hecho Carlos de Borgoña dueño de las Bocas del Rin y de la desembocadura del Mosa; era por

otra parte vecino inmediato del arzobispado de Colonia y del obispado de Munster, y las comarcas rhinianas se hallaban abiertas delante de él. Este momento juzgó Carlos oportuno para apoderarse de los territorios alemanes que separaban la parte Norte de la Borgoña antigua, y entonces, restaurado el antiguo reino de Austrasia, le habría sido fácil hacerse elegir rey de Alemania. Esta ambición era muy natural y las circunstancias hasta la imponían. Los territorios mas importantes que la casa de Habsburgo poseía en el Sundgau (1) se hallaban de hecho en poder de Carlos, porque el duque Segismundo de Austria se había visto precisa-

do á tomar del opulento duque de Borgoña un préstamo de 80,000 monedas de oro, dándole en garantía sus posesiones de Alsacia, para hacer frente á los gastos de su campaña contra los suizos. Carlos, persuadido de que el Habsburgo jamás llegaría á desempeñar estos territorios, trató á los habitantes con gran dureza, nombrando gobernador del país á un noble alemán, Pedro de Hagenbach, que dicen fué el consejero principal del duque en todos los asuntos alemanes. A pesar de haber prometido solemnemente al duque Segismundo y á los brazos del país dejar á éste sus fueros y libertades, lo sometió á un régimen de terror gra-



Combate naval delante del puerto de una ciudad.

Miniatura del manuscrito de Juan Froissart que se conserva actualmente en la biblioteca municipal de Breslau.

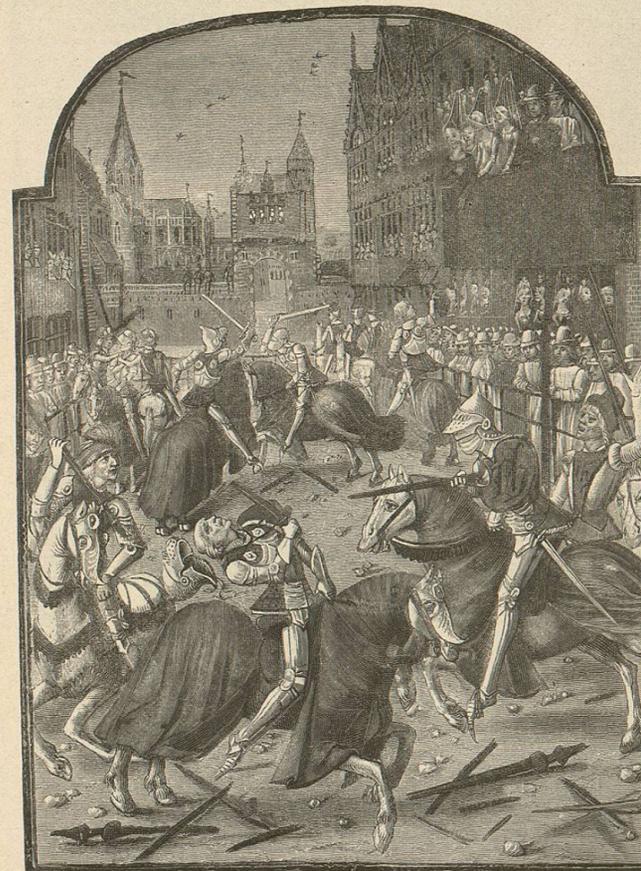
vando á toda la poblacion de contribuciones, impuestos y gabelas inaguantables. La pequeña ciudad de Thann reclamó en contra, y Carlos contestó haciendo decapitar á sus cuatro diputados; toda contradicción á las órdenes del gobernador fué castigada con la pena de muerte; la poblacion rural sucumbía bajo el peso de las prestaciones personales, y las poblaciones que no se sometían recibían en alojamiento tropa, soldadesca mercenaria que tenía carta blanca para hacer cuanto quisiera. Los nobles del país, que atraídos por el brillo del nombre de Borgoña habían deseado tener á Carlos por soberano, quedaron dolorosamente desengañados por la rudeza con que el gobernador los trataba, llegando hasta negarles el derecho de caza. Pero lo que mas excitó la indignacion de altos y bajos fué la brutalidad con que aquel gobernador abusaba de las mujeres, casadas, solteras

(1) En términos mas modernos y mas inteligibles, la Alsacia Alta ó Meridional.

y hasta monjas, sin mirar si eran nobles ó de la clase media ó labradoras. Todo el mundo padecía por igual las tropelías del déspota, contra las cuales no valían quejas ni súplicas ni las reclamaciones y mediaciones del duque Segismundo, tan vilmente engañado y ultrajado en sus súbditos. Era evidente que todos estos actos de tiranía estaban calculados para impulsar á los habitantes de estos territorios, empeñados en garantía de la deuda, á someterse definitivamente á Carlos de Borgoña para conseguir un trato algo mas humano. Que éste y no otro era el objeto lo prueban también las tropelías que de este gobernador experimentaron las ciudades libres de Alsacia, es decir, las que dependían directamente del imperio, como Estrasburgo, Colmar, Schlettstadt, tropelías entre las cuales estaba la ocupación, sin previo aviso siquiera, de una parte del territorio perteneciente á la ciudad de Estrasburgo. A esto se agregaron amenazas siniestras del mismo gobernador: segun decia, los fueros y privilegios de las ciudades eran inaguantables, porque entregaban el gobierno

á gente villana, á zapateros y sastres, cuando de derecho tocaba á los príncipes. Los mismos obispos de Estrasburgo y Basilea se veían en peligro de perder su independencia como príncipes temporales del imperio y descender á la condicion de súbditos del duque de Borgoña. Todo estaba calculado para conseguir la sumision voluntaria ó conflictos que permitiesen emplear la fuerza, y no cabía duda de que una vez sometida toda la Alsacia el gobierno ducal extendería sus tropelías á los países vecinos, como ya lo hacia el

gobernador brutal con los suizos, los cuales podían ya contar con un ataque mucho mas terrible que el de los Habsburgos. Esta perspectiva ominosa aumentó con la aproximación de Carlos de Borgoña á los Habsburgos, cuya torpe codicia supo halagar. Si llegaba á realizarse una alianza entre las dos casas, la confederacion suiza podía darse por perdida, al mismo tiempo que resultarían gravísimos peligros para la Francia. Por tanto, Luis XI ponía en movimiento todos los resortes de su política para no verse sorprendido,



Un torneo en la corte de Borgoña.

Miniatura del manuscrito de Juan Froissart que se conserva actualmente en la biblioteca municipal de Breslau.

espiondo, sobornando, dando consejos al parecer desinteresados á éste y á aquel, excitando á unos contra otros, y en fin trabajando en todas partes con actividad febril para suscitar obstáculos y enemigos al duque de Borgoña, cuyo bienestar fingía ser su mayor cuidado y su mas ardiente deseo. Con admirable maestría zapó así la posicion del poderosísimo duque, que en el momento oportuno debía derumbarse irremisiblemente para siempre.

En el verano del año 1473 creyó el duque á su vez que había llegado el momento de hacer valer sus pretensiones á la corona ducal de Lorena. Entonces, en el mes de agosto, murió el duque Nicolás, último vástago de la línea directa de los duques de Lorena de la casa de Anjou. El primo del difunto, Renato II de Vaudemont, era el llamado á suceder

á Nicolás, pero tuvo por rival á Carlos de Borgoña, que tenía gran partido entre los nobles de Lorena, los cuales se lisonjaban con la esperanza de adquirir lustre y riquezas bajo el cetro del poderoso duque de Borgoña, por el cual estaba también el mismo abuelo de Renato II, el anciano y débil rey Renato, que continuaba dedicado exclusivamente á las puerilidades de sus tribunales ó cortes de amor y de la caballería. Con la adquisicion de Lorena habrían quedado poco menos que unidos los dos grupos principales de los dominios del imperio borgoñon, porque los Estados eclesiásticos y laicos del imperio alemán que habrían quedado entre Borgoña y el Rhin no se habrían podido rebelar contra la influencia de Borgoña. Con solo dar un golpe atrevido todo estaba ganado; era preciso obtener la anuencia del